



Crónica de un peregrinaje: biografía de *Femina suite*

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Trabajo fotográfico: Ián Flórez de Armas

SIEMPRE he creído que hay un género distinto de la biografía y distinto de la crítica que todavía no ha obtenido su carta de identidad. A caballo entre las dos opciones, la biografía de un libro pretende recoger los elementos de la vida de un escritor que han marcado su imaginario en relación con una novela en particular o en exclusiva. Que de esta propuesta pueden resultar textos fascinantes lo han probado Richard Ellmann (en el capítulo XXII de su biografía de Joyce, “Los antecedentes del Ulysses”) y Carlos Baker (en varios capítulos de *Hemingway, the Writer as Artist*). Pues bien, después de conversar con Moreno-Durán, y de intercambiar con él notas escritas, he recogido una serie de hechos o anécdotas o meras intuiciones —siempre preescindiendo de las herramientas más teóricas del análisis literario, siempre dejando a un lado la cuestión banal del ingrediente autobiográfico en las ficciones— acerca de la escritura de *Femina suite*, o, mejor dicho, que desembocaron, años después de ocurrir, en la escritura de *Femina suite*. La idea particular y distintiva que Moreno-Durán tiene de las mujeres y del mundo femenino, y la idea de marcharse a Barcelona para dedicarle unas mil páginas a la exploración de esa idea, merecen que el lector se pare a considerar estos dos aspectos.

En diciembre de 1986, cuando Moreno-Durán decidió volver a Colombia, lo hizo con la tranquilidad de no haber faltado a un legado doble: el de los colombianos que lo habían precedido como escritor en Barcelona, y el más complejo, más amplio y más temible de quienes tienen la certeza de que para escribir en serio es preciso mirar hacia afuera. Moreno-Durán partía de esa base: nada pone a prueba la condición de un escritor —y de un escritor inédito, como lo era él al llegar a Barcelona— mejor que el abandono de su pequeño sistema de adulación doméstica, de ese mundillo en que la actividad cultural más mediocre es felicitada por el mero hecho de existir. Barcelona —o París, o Madrid— funcionaba desde tiempo atrás con cierta capacidad de sanción, y desestimaba vocaciones para siempre, o las afirmaba con pies de plomo sobre el piso movedizo de los mercados editoriales. “La única forma de valorar este trabajo —escribió Moreno-Durán en un texto que tomó los modos de la despedida— y, sobre todo, de vincularlo vivencialmente a la actividad cultural de la ciudad, es a través de la fusión de la experiencia objetiva del autor con el medio donde se publica, es decir, la identificación del *copyright* con la ciudad donde la obra ve la luz. Ahora bien, ¿por qué se acentúa la circunstancia de publicar en la ciudad donde se vive, en este caso Barcelona? Por la necesidad de conocer la inmediata valoración crítica, la reacción positiva o negativa o incluso neutra que el ámbito cultural elegido otorga al foráneo y a su trabajo”. En realidad, vivir en la ciudad que publica sus libros es, para el escritor extranjero, una puesta a prueba capaz de definir la fuerza de la vocación. “La actitud del

Página anterior:

Camilo Torres Restrepo y su futuro novelista, a la derecha, 1959. Seis años después se encontrarían en la Universidad Nacional.



A los seis años: el llanero solitario.



La inocencia no es como la pintan.

entorno puede resultar básica para el autor: se le reconoce, se le ignora o, sencillamente, se le *ningunea*. Y esto es aún más importante si, a pesar del desafío, el autor insiste en vivir, escribir y publicar en la ciudad que ha reaccionado ante su obra con indiferencia, acidez o falsa indulgencia". Para el escritor publicado, cada nuevo libro supone el peso de miradas libres de la engañosa simpatía de los coterráneos; para el joven que llega a una nueva ciudad con un manuscrito bajo el brazo, como en enero de 1973 llegó Moreno-Durán a Barcelona, el peligro de la inmigración intelectual supone un verdadero bautismo de fuego.

Moreno-Durán acababa de cumplir veintiséis años cuando llegó a Barcelona. En Barcelona publicó su primer ensayo, *De la barbarie a la imaginación*; en Barcelona publicó su primera novela, *Juego de damas*, y *El toque de Diana* y *Finale capriccioso con Madonna*, los volúmenes que le siguieron para completar la trilogía *Femina suite*; en Barcelona escribió *Los felinos del canciller*, para muchos su mejor novela, y *Metropolitanas*, el volumen de relatos declaradamente europeos. Cuando llegó de vuelta a Bogotá (estaba a punto de cumplir los cuarenta) visitó el barrio Restrepo y el vecindario en el que había vivido de niño. En el recuerdo que tenía, el barrio parecía "dibujado con cuadrícula"; ahora, los parques y las avenidas y las casas con antejardín y las zonas comerciales en pleno crecimiento habían desaparecido. Fue una visión deprimente. "No podía creer que en ese barrio vulgar y caótico hubiera conocido, a los nueve años, la magia del cine, y también algo muy importante: el lanzamiento del primer *sputnik* al espacio, con la perra Laika a bordo". Así ocurrió la vuelta.

La familia de Moreno-Durán se trasladó de Tunja a Bogotá en 1949, cuando él tenía apenas tres años. Después, sin embargo del cariño que le tuvo a la historia

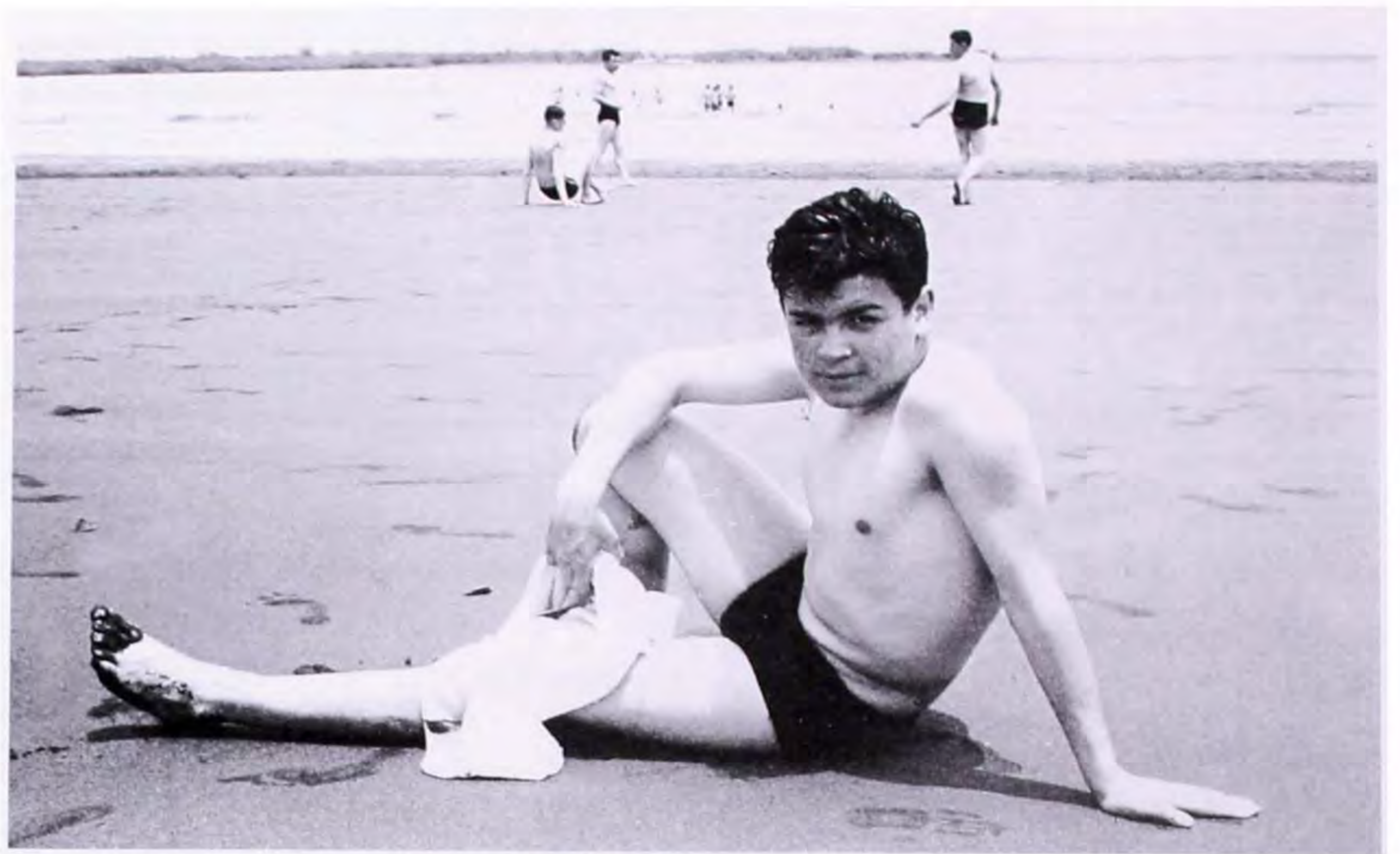


A los dieciséis años. El billar, esa geometría del ocio...



Con los condiscípulos de uno de los muchos colegios en los que cursó el bachillerato.

y a la cultura boyacenses, ha recordado muy poco de esa vida. “Mis recuerdos son muy difusos —dice—, y siempre estuvieron enmarcados por los hechos de Violencia que entonces asolaban al país”. El nueve de abril de 1948 era reciente, y estaban todavía en el aire las imágenes de una tarde —ya en Bogotá— que resumió todas las tardes del enfrentamiento partidista colombiano: un pueblo desquiciado defendiéndose de la historia con la clase política como fondo del escenario. De vez en cuando, después de las seis de la tarde, se oían disparos en la calle. La familia, refugiada puntualmente antes de que cayera la noche, escu-



Quince años: *"La mer, la mer, toujours recommencée!"*



Diciembre, 1969: la noche de la verdad. Club de Abogados: adiós a las aulas.

chaba las voces de alto o los gritos de hombres indefensos por cualquiera de las miles de razones por las que se podía ser indefenso en ese entonces. El escritor, que más tarde conocería el miedo metafísico (y, de alguna manera, artificial) de la mano de los curas y de la literatura fantástica, conoció desde su casa de niño el miedo político, que era real, sentido por gente real que podía morir, y muchas veces moría, de muertes reales. La opinión de Moreno-Durán, arraigada en esos años de violencia, no ha cambiado mucho. "El adversario político", dice, "es más criminal que todas las penas del infierno o los monstruos o torturas inventados por la imaginación más perversa". Recordando ese ambiente de partidismos mortales que marcaría la imaginación de los escritores que le antecederon, Moreno-Durán recuerda también a su madre, girardoteña y liberal (la familia, a pesar de su liberalismo convencido, siempre contó con el respaldo de los vecinos), quejándose al llegar a Bogotá y conocer la forma en que los motines populares fueron controlados por tropas llegadas de otros departamentos: "Boyacá cayó definitivamente en manos de los godos", dijo entonces su madre.



Discurso de despedida, 1964. El bachiller hace duros cuestionamientos sobre la situación social del país.



Siempre con un libro..., 1961.

Cuando le pedí a Moreno-Durán que me hablara de ella, éste fue el cuadro que me hizo. María Durán de Moreno es una nativa del signo escorpión que se fumaba dos paquetes de cigarrillos al día hasta cuando sufrió un síncope cardíaco, poco después de cumplir los setenta y cinco años de edad. El médico le prohibió el tabaco; ella dejó de fumar de inmediato, como si el vicio hubiera sido un capricho de una tarde. Para sus familiares, éste sería uno de los tantos ejemplos de su fortaleza: su vida podía cambiar de la noche a la mañana sin que ella soltara una queja. Su memoria estaría siempre asociada a la lectura, y su afición por los libros y su liberalismo eran sus dos señas de identidad, y, mientras los otros hacían la siesta, ella solía sentarse con un libro o una revista. “La revista *Life*, por ejemplo —dice Moreno-Durán—, que mi madre lograba procurarse de alguna manera, a pesar de la férrea censura impuesta por Laureano Gómez, la censura que excluía de los periódicos hasta las menciones de la guerra de Corea”. (Medio siglo después, la novela *Mambrú* dejaría constancia de todo lo que omitió la prensa de Laureano. “En nuestro país ficción es el nombre que los escépticos le dan a los golpes con que en vano intenta despertarnos el rigor de lo cotidiano”, dice el personaje principal de la novela, un hombre a quien, como a todos los hombres lúcidos, “la patria se le convertía en un perro rabioso”). A Moreno-Durán, que por la época de la guerra tenía unos cinco años, su madre le leía con frecuencia, no de la revista *Life*, sino de novelas españolas, cuyo recuerdo es ahora impreciso. “Contra el casticismo y la España de castañuela y pandereta, había en esas historias un gratificante tono cosmopolita —dice—. Por ejemplo, los personajes recorrían la Europa anterior a la primera guerra mundial, se jugaban fortunas en Estoril o Montecarlo y tomaban las aguas en Baden-Baden.



La calle que le dio nombre a su primera novela. Santo Domingo.

Ellos eran unos simpáticos vagabundos y ellas muy hermosas y carentes de escrúpulos. Sobre todo había una heroína tan bella como perversa llamada Fuensanta: una aventurera de mucho *pedigree*, tal vez la primera mujer fatal a la que me enfrenté. Su antagonista era una buena mujer, un trozo de pan, que no hacía sino



Concitando la ira de las feministas. Barcelona, 1979.

llorar y a quien le ocurrían toda clase de desgracias. Y era tan buena que creo se merecía todo lo que le pasaba”. Éstos fueron los legados literarios de María de Moreno (aparte de su afición a las gramáticas y a los diccionarios, que Moreno-Durán heredaría): por un lado, la primera mujer literaria que emocionó a quien dedicaría sus tres primeras novelas a jugar con la idea literaria de la mujer; por otro, la fotografía, publicada en *Life*, de la actriz Sandra Milo —“el nombre de por sí era un afrodisiaco”, dice Moreno-Durán—, en el momento en que un vendaval levanta su falda y deja sus nalgas al aire: era verano, y Sandra Milo había preferido prescindir de la ropa interior. A Moreno-Durán, que guardó la revista durante muchos años, la imagen le serviría innumerables veces para “desentumecer mi hormonamen”.

Entonces comenzamos a hablar de las lecturas de esa época, que tienen la reputación de formar los gustos literarios de un escritor. En su caso, me explicó Moreno-Durán, se hicieron al azar. “Yo alternaba una gran vocación por el dibujo (incluso llegué a ser un buen acuarelista) y por la lectura” —dice—. Pero la lectura fue desordenada. Nadie le dijo que leyera a Verne o a Salgari, pero los leyó; y descubrió, un poco sorprendido, que sus lecturas privadas, por una suerte increíble, eran también las lecturas de todo el mundo. *La princesa de Clèves* y *El último de los mohicanos* se opusieron a las lecturas aburridísimas que le recomendaban en la adolescencia. “Como las soporíferas novelas de Hugo Wast —dice—. La gran literatura fue un descubrimiento que realicé en segundo o tercero de bachillerato. Hasta ese momento, leía todo lo que me encontraba entre los gruesos volúmenes del escritorio de mi padre, que podían incluir serios estudios antropológicos igual que bucaneros y piratas”. Tobías Moreno Rocha, el padre, sería “una especie de metáfora del tiempo”. A sus setenta y ocho años le fue diagnosticado un cáncer que se lo llevó en quince días. La noche en que supo que iba a morir —recuerda Moreno-Durán— le dijo a su enfermera que quería bañarse.



Quince años: cuando el fútbol lo hacía volar más alto que las mujeres...

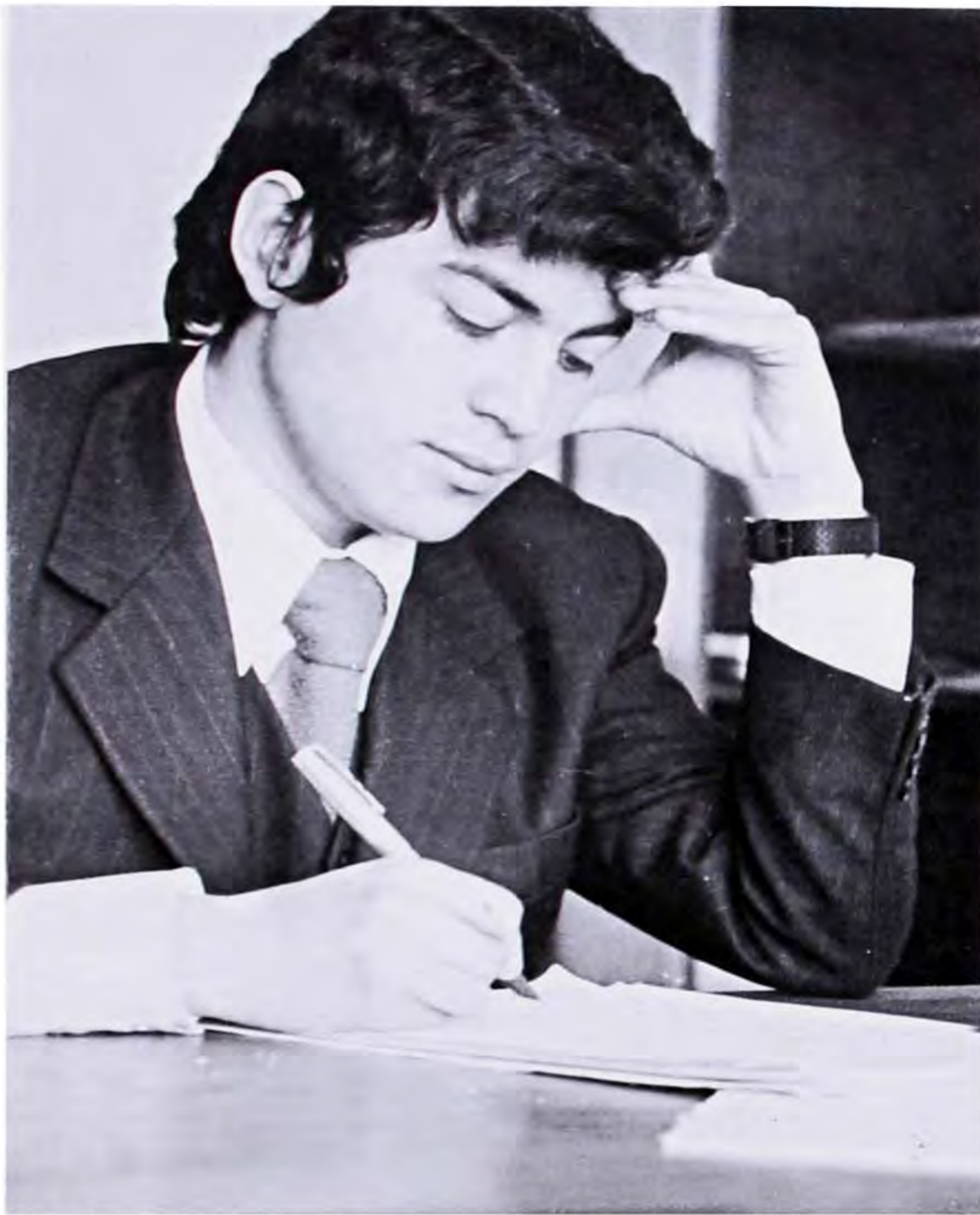


La seriedad del diálogo, 1961.

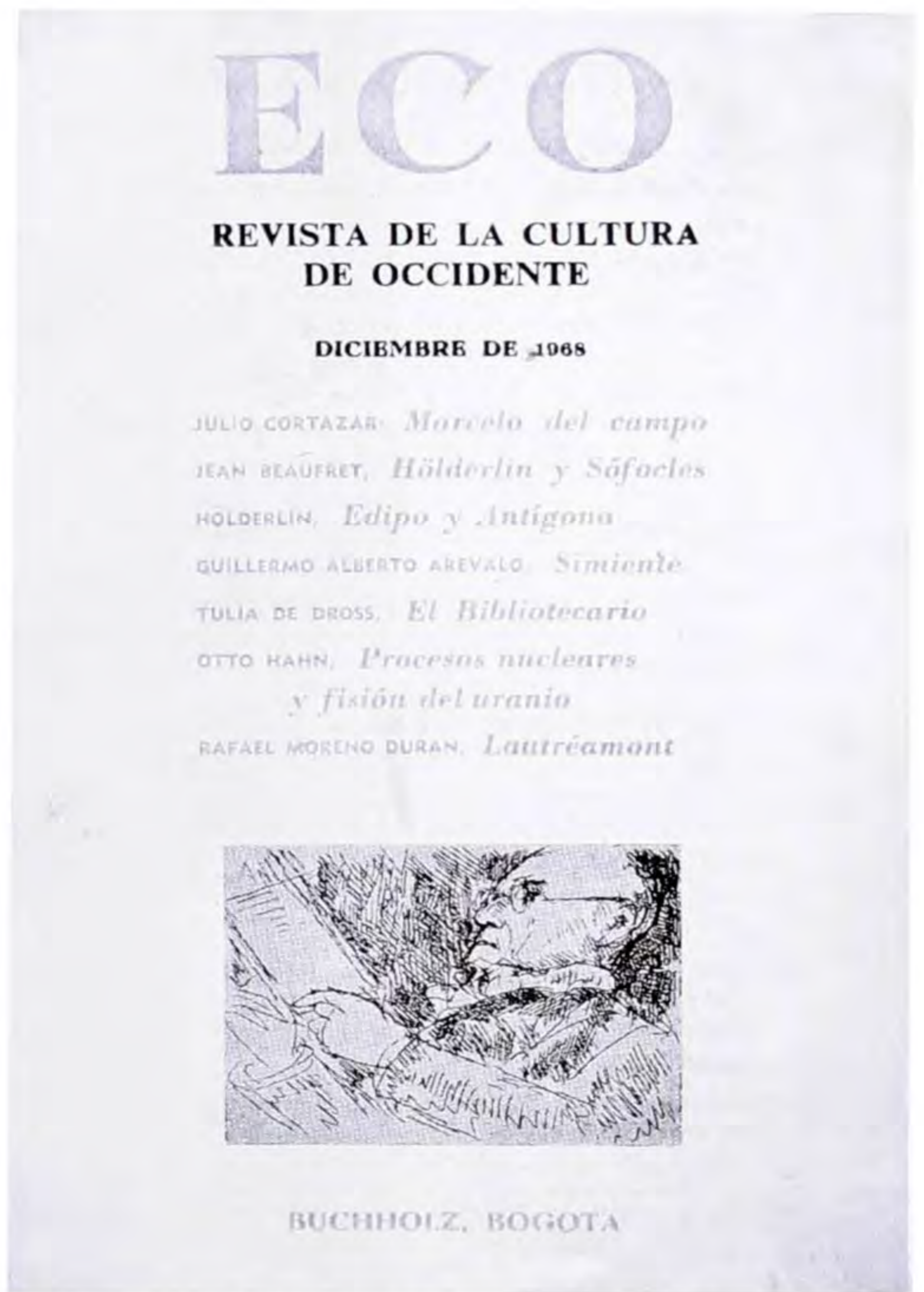
—Pero, señor Moreno —replicó ella—, usted ya se bañó hoy.
—No importa —dijo él—. Lo que sucede es que yo me voy a las tres de la mañana.

Éstas fueron sus últimas palabras, y las cumplió. A las tres de la mañana la enfermera constató su muerte. Su carácter quedó, de muchos modos, cifrado en esa madrugada: era un hombre de disciplina estricta y precisión científica. “Su mundo eran los relojes”, dice Moreno-Durán, y por eso no es del todo sorprendente que los otros hijos heredaran la vocación científica y escogieran la ingeniería de sistemas o la investigación biológica. Al inclinarse por la carrera de abogado, Moreno-Durán (o, mejor, el futuro desertor) no fue extraño al rigor paterno. De hecho, Moreno-Durán ha mantenido siempre a mano los refranes preferidos del padre. “El águila no caza moscas”, solía decir Tobías Moreno. Y también: “El águila vuela sola mientras los cuervos lo hacen en grupo”.

La universidad comenzó, para él, un día de la escuela primaria: Moreno-Durán fue premiado en un concurso estudiantil de historia, y los profesores que lo premiaron aparecieron más tarde manchados de tinta roja y sin zapatos. Eran estudiantes universitarios enfrentados a la dictadura del general Rojas Pinilla; a partir de ese momento, ser estudiante de la Universidad Nacional se volvió una especie de horizonte para el escritor en ciernes, y no hubo fin de semana en que no fuera al campus para jugar al fútbol o correr los diez mil metros. (Hay que recordar que la primera vez que su nombre apareció en un periódico fue tras ganar un maratón de los juegos intercolegiados celebrados en Honda). Con los años preuniversitarios Moreno-Durán tendría, además, otra deuda esencial: la primera visión seria de lo que era una mujer.



“La elegancia no es más que un elemental acuerdo entre mi inteligencia y mi estilo...”



La generación del 68. Su primer texto literario: *Lautréamont, un prolegómeno de la rebelión.*

“Hasta ese momento me había conformado con niñas de mi edad, esas colegialas de doce o trece años que veía a bordo de los autobuses, rumbo a sus colegios respectivos. Flirteábamos con ellas y los sábados y los domingos nos reuníamos en casa de alguna de ellas para bailar o dárnoslas de adultos. Y todo esto tenía sentido, pues crecimos en medio de dos clásicos cinematográficos sobre la juventud y el rock y el duro aprendizaje sentimental: *Rebelde sin causa* y *West side story*. Cuando se estrenó la primera película yo tenía nueve años y dieciséis cuando imitamos todo lo que ocurría en la segunda. Eran los comienzos de los años sesenta pero ya intuíamos que nuestra generación iba a protagonizar cambios muy sensibles en los órdenes personal y social. ¿Cómo nos iba a dejar indiferentes la Revolución Cubana? Por otra parte, *Los Beatles* eran tan aleccionadores como el súbito *boom* de la literatura hispanoamericana. Vietnam y Mayo del 68 iban de la mano con Marcuse y Foucault, de la misma forma que la minifalda y la píldora anticonceptiva nos permitían entender películas como *Blow-up* o la literatura de los escritores de la *Beat Generation*. Ésa era mi adolescencia y las colegialas mi *pandorama*, esto es, mi caja de sorpresas erótico-afectivas”.

La caja de sorpresas de Moreno-Durán produciría algunas de las mujeres más terribles de la literatura colombiana. Las mil páginas de *Femina suite* tienen su origen en algún momento de esa adolescencia, y tal vez pueda decirse con alguna certeza que Moreno-Durán empezó a escribir para conquistar mujeres, o como sustituto de la conquista. (Detrás de *Juego de damas* se adivinan esas intenciones). Cuando decidió, por esos años, enamorarse de la hermana de uno de sus compañeros de colegio, la literatura lo esperaba a la vuelta de la esquina. Comenzó a escribirle cartas, porque no se sentía capaz de hablarle. Fue ella la encargada de salvar las distancias.



El “septimazo” del bachiller.

—Gracias por su amor, pero tengo novio —le repuso finalmente, y añadió—: ¿Por qué en lugar de escribirme cartas de amor no se dedica a escribir novelas?

Moreno-Durán empezó a escribir cuentos en los cuales la heroína era la mujer esquiva, y los cuentos, por la vía del rumor, llegaron a ser conocidos por uno de sus compañeros, “el más rico pero al mismo tiempo el más tímido. Como Alberto en *La ciudad y los perros*, fui contratado para escribirle cartas de amor a la novia de otra persona. Descubrí el placer de la corrupción y, carta tras carta y previa cancelación de mis servicios, me introduje en la vida sentimental ajena. Le pedí a mi cliente fotos de su novia; exigí los detalles de las peleas y las reconciliaciones que yo mismo propugnaba y resolvía por escrito; poco a poco me di cuenta de que me iba resultando inevitable apoderarme de la relación. Como Cyrano de Bergerac,



Knossos (isla de Creta). ¿En pos del Minotauro?



Barcelona: cambio de *look*.

me enamoré, o quise enamorarme, de mi corresponsal. Al descubrir el terrible poder de la letra impresa en el alma ajena decidí hacerme escritor. Creo que ninguna mujer puede resistirse a la palabra impresa, sobre todo a la carta íntima o a un buen poema. Y si se resiste es porque es una ágrafa sin remedio”.

A pesar de la revelación de esos dos temas —la mujer y la palabra, o la mujer por la palabra— Moreno-Durán decidió presentarse a la facultad de derecho y ciencias políticas de la Universidad Nacional. No sería el primer escritor, en todo caso, y mucho menos el último, en escoger esta carrera. Pero nadie se lo sugirió; no hubo presiones, no hubo frases de campaña como la que tuvo que escuchar García Márquez cuando abandonó el derecho para dedicarse a la escritura: “Comerás papel”. De hecho, años después tuvo que escuchar, en silencio, los dictámenes de García Márquez. Moreno-Durán llevaba poco tiempo en Barcelona; fue Vargas Llosa quien los puso



Con Silvia de Fuentes, su esposa Mónica, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez. México.

en contacto. “Si se trata de ganar dinero —le dijo García Márquez al recién llegado—, gana uno más en el puerto levantando bultos que en esta profesión”. Varios tíos de Moreno-Durán eran abogados; esto, además ser una circunstancia poco original en este país de leyes, nunca definió la vocación de nadie ni la renuncia a esa vocación. A pesar de todo eso, durante los primeros años de carrera, Moreno-Durán tuvo siempre la certeza de que el ejercicio del derecho —y, en rigor, el ejercicio de cualquier cosa— es incompatible con el de la literatura. La literatura es excluyente, y no admite rivales. El escritor que no quiera limitarse a la creación “de fin de semana” deberá asumir el riesgo, mayor o menor; Moreno-Durán terminó la carrera y renunció a ella, casi de inmediato. Luego decidió que tenía que irse.

La oportunidad surgió en Lima. A comienzos de mayo de 1972, la bonanza del petróleo con que se había adornado el régimen del general Velasco Alvarado había tenido como consecuencia un nacionalismo creciente. La cultura, por una serie de razones paradójicas, se benefició del sentimiento nacionalista: el auge de revistas y conferencias fue notorio durante ese período. Cuando Moreno-Durán se puso en contacto con José Miguel Oviedo, el más brillante crítico de Vargas Llosa, el bienestar de la Lima cultural fue también el suyo. “Me presentó a amigos escritores —escribe Moreno-Durán en *Como el halcón peregrino*—, me llevó a salas de redacción de diarios y revistas, publiqué algunos artículos en las páginas literarias de *El Comercio* y en una hermosa revista llamada *Textual* y, lo que fue para mí más importante, hizo que la Universidad Católica me contratara para dictar un seminario sobre novela latinoamericana contemporánea”. Era una suerte, porque Moreno-Durán llevaba ya varios meses trabajando sobre el tema, y el incipiente manuscrito que iba resultando sería, después, su primer libro publicado. El título surgió del impacto que le produjo la desigualdad social limeña a bordo de un colectivo, entre la plaza San Martín y la casa del escritor en la calle Alcanfores: *De la barbarie a la imaginación*. Moreno-Durán volvió a Bogotá; en diciembre de 1972 e hizo pasar el texto a limpio; en enero de 1973, con ese manuscrito y algunas páginas de *Juego de damas*, viajó a Barcelona. Su padre y su hermano menor, así como su amigo Luis Fayad, lo despidieron en la estación de La Sabana. *El Expreso del Sol* lo llevó al Caribe; el transatlántico “Satrústegui”, al Mediterráneo. Moreno-Durán llevaba dos libros bajo el brazo, pero no llevaba un pasaje de regreso.



Juan Antonio Roda dibuja al escritor, 16 de enero de 1991.

En la decisión, como en todas las decisiones de trascendencia, habían desempeñado el rol más esencial factores —digamos— poco trascendentes. “Decidí irme a Barcelona porque en Lima conocí a Michi Strausfeld, una alemana que se estaba doctorando sobre García Márquez y cuya tesis dirigía Rafael Gutiérrez Girardot. Michi era novia de Óscar Collazos, a quien yo no conocía, y además tenía casa propia en Barcelona. La alemana me invitó y yo acepté”. Pero aceptó con miedo: la mayor parte de los escritores que llegaron a Barcelona por esa época tenían ya, por lo menos, un libro publicado. Moreno-Durán, en cambio, se encontraba rigurosamente inédito. Los dieciocho días que duró el trayecto entre Cartagena de Indias y Barcelona estuvieron plagados de incertidumbres. “Yo no quería que el barco llegara a puerto, pues ¿qué me esperaba allí? Nada”. Pero, en rigor, eso no era cierto: en el puerto lo esperaba Óscar Collazos, y Michi Strausfeld lo alojó durante dos semanas. En ese lapso, Moreno-Durán consiguió un pequeño estudio al borde del barrio Chino, cerca de la Universidad Central y de la plaza Cataluña, a cien metros de la Biblioteca de Cataluña y a pocas cuadras del barrio Gótico y del puerto, de las Ramblas de André Malraux y de los lugares donde George Orwell había pasado su etapa catalana, por los años de la guerra civil. Para un fetichista declarado —en Lima ya había recorrido los ambientes de Vargas Llosa, buscando



Paseo de Colón: Marta Traba y Ángel Rama. Los amigos.



Heidelberg: la conexión alemana.

El patio, recorriendo Miraflores y la calle Petit-Thouars—, la *literariedad* de su barrio representó un acicate, además del miedo evidente de lo ya hecho, de la imposibilidad de dar marcha atrás. Como para confirmar su apuesta personal, ocurrió un accidente: el sábado 30 de junio de 1973, el “Satrústegui” se incendió.

“En efecto —dice—, el hecho de ver cómo en el puerto de Barcelona ardía el buque que me trajo de América me liberó de la tentación del regreso y me hizo asumir mi nuevo destino. La sensación de naufragio en tierra de infieles incrementó mi afán de supervivencia por vías de la literatura”. Con evidente satisfacción, Moreno-Durán se pregunta si no quemó sus naves en ese momento. La pregunta, por supuesto, nunca ha dejado de ser retórica. De todas formas, y como debe ser, las razones del viaje se han transformado con el tiempo. “Siempre creí que me fui de mi país para poder escribir en paz —dice ahora—. Para poner tierra de por medio y no caer víctima del canibalismo que nos rodea. Sin embargo, pensándolo mejor, creo que quienes por esas fechas nos fuimos de Colombia lo hicimos porque en Colombia no había editoriales”. No en vano Moreno-Durán ha sido siempre un convencido de que editar fuera del ámbito natural del autor es la única manera de medir su solidez, “la lenta conformación profesional de un escritor, esa suma de frustraciones y logros críticos, anímicos vitales, esa alianza de elementos personales y sociológicos que conforman lo que en estricto sentido se llama biobibliografía”. Por esa época estaba terminando su primer libro.

Su estudio barcelonés (recuerda Moreno-Durán) era un ático perteneciente a un catalán, Francisco Puy Romañá, fanático del Barça y dueño del departamento. Según me explicó, el lugar daba a una terraza desde la cual podía verse la zona de la universidad, el barrio Chino, Montjuich y el Tibidabo, la colina desde la cual el

diablo le ofreció a Cristo el mundo a cambio de su alma con una frase cuya versión actual bautizó el lugar: “Te lo doy”. En esa época —y, de hecho, durante la mayor parte de sus años de estancia en Barcelona— la rutina de trabajo de Moreno-Durán fue la misma que aún practica: escribir con la luz del día, de las ocho de la mañana a las seis de la tarde, y hasta las ocho de la noche en verano. Nunca trabajó en una oficina; nunca ganó un centavo que no proviniera directamente de la máquina de escribir. Trabajaba en su ático o en casa de las mujeres con las que tuvo compromisos sentimentales, llenando el tiempo libre con música o con cine. Pasaba horas —a veces hasta ocho en un mismo día— encerrado en la Cinemateca de Catalunya, y en esos quince años, probablemente, agotó todo el cine clásico. “Allí conocí a Louise Brooks en *La caja de Pandora*, de Pabst, y a Hedy Lamarr en *Éxtasis*. Ésa es una de las partes más sólidas de mi cultura”, dice Moreno-Durán. También es uno de sus temas recurrentes, siempre visto, como es de suponer, a través del cristal de la mujer. La novela que escribía y, sobre todo, las que le seguirían, incorporarían los rasgos de las brujas blancas y las vampiresas de las películas de Lang y de Eisenstein, y luego de John Huston y Antonioni. No es aventurado decir que, sin el cine que Moreno-Durán vio en Barcelona, la trilogía *Femina suite* hubiera asumido formas bien distintas, y quizás no sería la *summa* femenina (o de una interpretación de lo femenino) que resultó ser. No en vano *Finale capriccioso con Madonna* lleva la dedicatoria que lleva: *A Constanza, Catalina, Laura: vehementes e irreconciliables, extremas formas femeninas de lo posible*.

Mientras transcurrían los primeros meses de estancia barcelonesa, mientras Moreno-Durán iba llenando el ático de libros que compraba los fines de semana en el vecino mercado de Sant Antoni o que le enviaban las decenas de editoriales con las cuales colaboraba, el manuscrito de *De la barbarie a la imaginación* iba abriéndose camino. A pesar de que —gracias a Vargas Llosa, que encontró una cita mutilada— Moreno-Durán se dio cuenta de que la mecanógrafa bogotana del manuscrito había pasado por alto unas cincuenta páginas, *De la barbarie a la imaginación* acabó llegando a las oficinas de Tusquets Editores. La publicación del ensayo dio un empujón al autor, por supuesto, pero lo importante, por esos días, era que Moreno-Durán terminaba de escribir su primera ficción: *Juego de damas*. Era una novela que había comenzado a nacer años antes, en el campus de la Universidad Nacional. “Esas muchachas que yo admiraba en silencio a mis doce años eran ya mis compañeras a mediados de los sesenta. Ahí estaban la minifalda y las medias multicolores, la marihuana y el *rock*, pero también los prochinos y los prosoviéticos y los procubanos y los trotskistas. Obviamente, por ahí circulaba La Hegeliana y Rodolfo el Intrépido. Y también La Ninfa Eco y Las Tres Caras Bellas y los Pasajeros de la Revolución pero también los primeros escépticos. Ahí estaba el cura Camilo y los futuros jefes guerrilleros”. Curiosamente, la presencia de Camilo Torres en la universidad en 1965 ya le era familiar al futuro escritor, pues en 1959, cuando el sacerdote al frente del Movimiento Universitario de Promoción Comunal desarrollaba sus labores, se hizo amigo de Tobías Moreno, que por esas fechas fundaba una Sociedad de Mutuo Auxilio. En una fotografía de 1959 el niño Moreno-Durán aparece al lado del futuro líder guerrillero. Y parte de eso aparecía en la novela que Moreno-Durán terminaba en Barcelona a mediados de los setenta, diez años después de haber compartido el campus de la Nacional con sus personajes: no una novela en clave, sino una novela generacional; no sólo una “meditación sobre las vastas posibilidades del lenguaje”, como dejaba sentado la contraportada de la primera edición, sino también, y principalmente, una meditación sobre las mujeres, o un ejercicio por llevar la mujer a la literatura o viceversa, o la constancia estética de una obsesión, o la crónica de eso tan fugaz que es el momento histórico vivido por seres de carne y hueso, o todas esas cosas a la vez. Quizá en eso radicaba su importancia para Moreno-Durán: no sólo

De la Barbarie a la
Imaginación.
Rafael Humberto
Moreno - Durán

CUADERNOS INFIMOS 67



RAFAEL HUMBERTO MORENO - DURÁN

JUEGO DE DAMAS

Seix Barral / Nueva Narrativa Hispánica

debutaba como novelista con un proyecto de proporciones amenazadoras, sino que ese proyecto fue a la vez un ajuste de cuentas consigo mismo, como hombre, y con la vocación de escritor: con el que era cuando vivía en Colombia y con el que quería ser al llegar a Barcelona. En su esencia, los libros de la trilogía no podían haber sido escritos por quien no los hubiera vivido previamente; y, al mismo tiempo, su deuda con los ambientes extraños en que fueron creados es grande. “Barcelona me aportó la tranquilidad y distancia suficientes para escribir la trilogía con toda la calma y autocritica posibles. Ninguno de los seis libros escritos y publicados en Barcelona se olvidaron de Colombia: todos hablan y evocan la Bogotá que yo conocí”. Eso es indudable, pero lo que los seis libros evocan es, más que la Bogotá que su autor conoció, la figura del hombre que el autor era entonces. Puede ser peligroso hacer esta constatación, porque *Juego de damas* ejerce con vocación sólida la desaparición de su autor; pero es imposible no leerla a través de su lenguaje y de los ojos que el lector es capaz de adjudicar a ese lenguaje. *Pasado presente* es una de las novelas más personales de Juan García Ponce, pero no por eso se transforma en memorias o en autobiografía. Como ella, *Juego de damas* es una novela en la cual el lenguaje tiene rasgos físicos tan definidos como los de *Las Tres Caras Bellas*. Nunca habían tenido tanta razón quienes acuñaron ese lugar común (que a la vez es una sutil redundancia): el lenguaje de algunas novelas es su protagonista más importante.

Juego de damas quedó terminada en 1973. En septiembre de ese año, Moreno-Durán había descubierto, ante el proyecto de ochocientas páginas que se revelaba poco a poco, que la novela era en realidad una trilogía. Así que, mientras se prepa-

EL TOQUE DE DIANA

Rafael Humberto Moreno-Durán



FINALE CAPRICCIOSO CON MADONNA

Rafael Humberto Moreno-Durán



raba la edición de *El toque de Diana*, *Juego de Damas* comenzaba un camino azaroso hacia la publicación: la censura franquista tenía pleno vigor en ese tiempo, y no era factible que una novela como ésta, con sus erotismos declarados, pasara la prueba sin tropiezos. “Nadie daba ni cinco por su suerte, pero sucedió que Franco comenzó a morir y no se moría del todo. El funcionario encargado de emitir un juicio dejó pasar el tiempo y el abogado que llevo dentro me recordó que existía una cláusula llamada ‘Silencio Administrativo’, que quiere decir que si no hay pronunciamiento expreso pasado un mes, el libro se aprueba automáticamente. O sea, quien calla otorga. Y como Franco no se moría, *Juego de damas* fue aprobado y contratado y salió al mercado el 15 de junio de 1977, el día de las primeras elecciones democráticas de España luego de cuarenta años de dictadura. Por eso me gusta decir que *Juego de damas* es el primer libro de la democracia española”.

Jorge Edwards fue el encargado de presentar *Juego de damas* en la librería Documenta del barrio Gótico. Entre el auditorio estaban Manuel Vázquez Montalbán y Josep María Carandell, que luego fue autor de una *Guía de Barcelona* que incluyó datos y referencias asociados a Moreno-Durán, a su residencia y a los lugares barceloneses que sus novelas mencionaban. Moreno-Durán se encontraba con frecuencia con Vázquez Montalbán en el barrio Chino y en los alrededores de la biblioteca; sería él, entre otras cosas, quien le explicaría a Moreno-Durán el origen de la calle donde vivía. Vázquez Montalbán nació y creció en el barrio Chino: no había nadie que pudiera explicar mejor los avatares históricos de esta zona de la ciudad. “La calle Erasmo Janer es más moderna que las otras del barrio porque es la más vieja”, diría Vázquez Montalbán. Y luego le contaría que ese pasaje se llamó antes calle de la Bomba, porque allí cayó uno de los morteros que Franco hizo arrojar sobre Barcelona desde el Mediterráneo. La explosión derrumbó un muro de cuya construcción

nadie se acordaba, y se descubrió que detrás del muro había una calle. En esa calle, la Erasmo Janer, en el número 7, vivió Moreno-Durán mientras escribía *Femina suite*. Supongo que la imagen que da hoy en día no es demasiado distinta de la de entonces: es una calle corta, delineada por árboles escuálidos. El número 7 es un edificio de ladrillo colorado de seis pisos, si se cuenta la terraza. Tiene los clásicos toldos verdes de Barcelona, cerrados contra el sol de la tarde aunque a esta calle no le llegue el sol en la tarde. La última vez que pasé por ahí, vi el siguiente grafito en la esquina con la calle Riera Alta, sobre el muro de un centro de servicios sociales:

Sexo sí, pero en catalán

Ahora, después de las conversaciones que han acabado metidas en esta entrevista, pienso en uno de los diálogos que cierra el libro de Moreno-Durán. Alcira y La Niña hablan de Monsalve, aquel hombre que dice llevar cuatro años trabajando en una novela. ¿Sobre qué? “Adivínalo si te atreves”, dice La Enana. “No sé —dice la otra—, pero supongo que debe ser algo de mucho vuelo, como todo lo suyo”. A lo cual la primera responde con una sola palabra: “Mujeres”. Y pasa a aclarar: “El hombre sigue escarbando sobre tan siniestra cuestión al extremo de que las feministas más recalcitrantes lo han llamado al orden, pero él como si nada. Incluso lo han invitado a dialogar, como ellas dicen, sobre el compromiso y bagatelas de similar factura pero él se les fue por la tangente. Frente a las mujeres yo soy de los que sólo creen en el compromiso de la cintura para abajo, dijo”.

Cuando le pedí a Moreno-Durán que me hablara de su vida en Barcelona, me dijo: “Ni un momento estuve solo y por eso Barcelona es para mí una ciudad ‘femenina’. Algún día quisiera escribir mi crónica sentimental catalana. El amor y Barcelona son para mí una sola cosa. Y gracias a sus mujeres pude vivir y amar y, sobre todo, escribir la mayor parte de mi obra. Esa ciudad y sus mujeres me hicieron hombre y escritor. ¿Cómo hablar de esto en unas cuantas líneas?”. Y revisé en las palabras de Laura en *Finale capriccioso con Madonna*: “Je ne suis pas une femme, je suis un monde”. O bien: “No soy una mujer, soy un mundo”. Lo cual es, literalmente para todo hombre y literariamente para Moreno-Durán, de una precisión innegable.